

CUIDA DE MÍ

CUIDA DE MÍ

ROBERTO MIRALLES

Durii

A mis lectores cero, por su mirada sincera y generosa.

A mi familia y amigos, por estar siempre ahí, con palabras de aliento y confianza.

A todas las personas que, de una forma u otra, han creído en mí y me acompañan en mi viaje literario.

A mi compañero de vida. Gracias por inspirarme, por sostenerme, por animarme a cruzar el umbral de lo conocido. Esta historia nace de tu apoyo y de nuestra complicidad y, gracias a ella, he descubierto un nuevo universo narrativo que me ha sacudido por dentro, desafiándome, emocionándome y devolviéndome esa chispa que solo se enciende cuando uno escribe con el alma.

PRIMERA PARTE

1

El precio de un recuerdo

Cementerio Parque de la Paz (Riba-roja de Turia), Valencia. Diciembre de 2017.

Hay líneas que una vez cruzadas, no permiten el regreso.

Fue una elección sutil. Precisa.

No era la primera vez que manchaba sus dedos, pero sí la primera en que entendía, de verdad, que no había vuelta atrás.

Había acudido a llevarse algo.

Entonces, el ulular de un búho quebró la calma de la noche. Un eco apagado en la espesura de los cipreses.

Silencio. Un vacío denso y absoluto. Ni un murmullo de la ciudad, ni pasos errantes entre las tumbas. Solo el viento deslizándose entre las ramas desnudas, removiendo las hojas secas como si susurrara advertencias.

Una sombra se movió entre las lápidas deslizándose con la precisión de quien ha recorrido ese camino muchas veces, incluso en la oscuridad.

No llevaba linterna. No la necesitaba.

Se detuvo ante una lápida de piedra desgastada por el tiempo. Era la tumba más antigua del sector. La única cuya lápida no

tenía flores desde hacía años. Las grietas se extendían sobre la superficie como antiguas cicatrices.

Pasó los dedos enguantados por la inscripción tallada en la piedra. Algunas letras habían comenzado a borrarse, devoradas por la intemperie.

Su respiración se volvió más pausada. Sacó una pala compacta de su mochila y la hundió en la tierra con un golpe seco. El sonido fue absorbido por la noche.

«A veces, para enterrar algo de verdad, tienes que desenterrarlo primero»

Eso pensó mientras empujaba la pala oxidada contra el suelo helado, gruñendo al sentir cómo vibraba el mango entre los dedos entumecidos.

El metal raspaba el hormigón resquebrajado como uñas arañando una pizarra gastada, arrancando jirones de tierra dura mezclada con grava y óxido.

La noche era un animal grande y pesado, apoyado sobre sus hombros.

El viento, su aliento rancio, le escupía polvo a la cara.

Cada palada arrancaba trozos de un pasado que nunca había dejado de pesarle. Cada golpe contra la tierra era un latido más cerca de aquello que había ido a buscar.

Se detuvo al sentir un crujido bajo la pala.

Se agachó y, con las manos desnudas, frías y agrietadas, apartó los últimos restos de tierra.

Ahí estaba. Un pedazo pequeño de algo que una vez importó.

No más grande que una almendra reseca, pero más pesado que cualquier promesa rota.

Sacó una moneda que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta.

La sostuvo entre el pulgar y el índice, dejándola balancearse, atrapando la escasa luz de las farolas lejanas en destellos breves, como pulsos de un corazón a punto de apagarse.

Su garganta se cerró de golpe, como si hubiera tragado escombros.

De repente, un nuevo sonido quebró la quietud.

Un chirrido agudo, metálico, rebotó entre los panteones.

Una puerta de hierro se había abierto en algún punto del cementerio.

Segundos después, el haz tembloroso de una linterna cortó la oscuridad en líneas inciertas, como un dedo acusador palpando las sombras.

—¿Quién anda ahí? —dijo una voz, no demasiado convencida, quizás por costumbre más que por coraje.

El vigilante nocturno había escuchado algo. Un ruido. El hombre avanzaba despacio, arrastrando las botas sobre la grava húmeda.

Su silueta se recortaba a contraluz, oscilante bajo el peso de la rutina.

No esperaba encontrar a nadie, pero esa noche, la intuición le pinchaba bajo las costillas.

El intruso se mantuvo agazapado tras una lápida, el corazón latiéndole en las encías.

La pala seguía entre sus dedos, pesada, manchada de barro.

No podía permitirse testigos.

El vigilante se detuvo a escasos metros.

—Será otro gato maldito —murmuró, pero su voz no ocultaba la creciente inquietud.

El haz de luz osciló hacia la tumba abierta.

La tierra removida delataba una presencia.

El hombre dio un paso más.

Cuando pasó junto a la lápida, la oscuridad se despegó del mármol y se alzó detrás de él.

Un golpe seco, preciso, apagó la linterna de un palazo.

El vigilante cayó de lado, con un gruñido ahogado, desplomándose entre las hojas secas.

El silencio volvió a adueñarse del cementerio.

Solo el jadeo entrecortado del intruso llenaba el vacío.

Arrastró el cuerpo inerte unos metros, ocultándolo tras un mausoleo cubierto de musgo, y comprobó su pulso con la rapidez de quien no quiere saber demasiado.

Luego volvió a la tumba.

La pala tembló en sus manos una última vez mientras tapaba el hueco improvisado, pisoteándolo después con una furia controlada, como quien se obliga a cerrar una puerta que sabe que volverá a abrirse sola.

Se pasó el dorso de la mano por la boca.

Olía a óxido, a metal y a lluvia vieja.

Levantó la vista.

Las luces de la ciudad apenas arañaban el horizonte, sucias, dispersas, incapaces de calentar nada.

Cada farola parecía un ojo cansado que había visto demasiado y no quería recordar.

Se encogió en su cazadora, alzó el cuello hasta taparse la boca y echó a andar despacio, con pasos que no hacían ruido.

El frío le trepaba por las piernas como un animal pequeño y hambriento.

A sus espaldas, bajo unos centímetros de tierra revuelta, el pasado respiraba todavía.

Por eso no se permitió mirar atrás ni correr, porque, en el fondo, sabía que no se puede huir de uno mismo.

El mundo, tal como lo conocía, quedó enterrado bajo sus botas sucias.

Primero llegaron las grietas. Luego, el derrumbe.

Y, después, como siempre, alguien reconstruyó algo nuevo sobre las ruinas.

Valencia, 2025.

Una ciudad que olía distinto hablaba distinto, y se vestía con un brillo falso que no conseguía tapar las costuras podridas.

La fachada acristalada de Santillana Biotech reflejaba un cielo de acero bajo el sol de septiembre.

Tanto cristal, tanto metal, tanta pulcritud… y, aun así, todo estaba manchado.

Un hombre se detuvo en la entrada principal, la cazadora colgándole del brazo como si no le importara nada en absoluto.

Llevaba las manos en los bolsillos, la cabeza ligeramente agachada, como quien no tiene prisa por llegar, pero tampoco piensa volver atrás.

Apenas sonrió al ver el logo pulido en el vestíbulo.

Estaba frente a las puertas automáticas.

Las observó como si contemplara un umbral de fuego.

Y dio un paso al frente.

Todo lo que había enterrado aquella noche, pensó, empezaba a levantar la cabeza.

2

Cena de empresa

Valencia. Restaurante Kaizú. Septiembre 2025.

—No podemos permitirnos otro mes como este. El próximo, o levantamos cabeza o empezamos a caer en picado.

La voz de Ferran Santillana atravesó la conversación como una cuchilla. Su tono no era elevado, pero sí cortante; ya no estaba dispuesto a seguir fingiendo que todo iba bien.

El restaurante donde se celebraba la cena tenía una terraza privada que dominaba el centro de Valencia. Desde allí, se veían las cúpulas azuladas de las iglesias, los tejados irregulares y el bullicio lejano de la ciudad, amortiguado por la música suave que salía por discretos altavoces. La noche era cálida, con esa humedad ligera que anunciaba el final del verano.

Ferran estaba sentado al centro de la mesa redonda, en posición de mando, aunque intentaba disimularlo. Llevaba la camisa blanca remangada hasta los codos, sin chaqueta, el cuello desabrochado. Jugaba con su copa de vino tinto, haciéndola girar con un dedo sin llegar a beber. Había organizado aquella cena con la excusa de *descomprimir*, pero todos sabían que era solo el envoltorio elegante de una reunión de crisis.

A su derecha, Rubén Gallardo se recostaba en la silla con una expresión entre divertida y resignada. Su copa estaba medio llena. El jersey beige que llevaba hacía juego con su manera de estar: cálida, relajada, pero atenta. Los rizos oscuros caían con descuido sobre la frente. A veces giraba la cabeza hacia Ferran con una cercanía que no pasaba desapercibida.

—Yo habría empezado por los postres, al menos —murmuró Rubén, con una sonrisa torcida.

Ferran ni siquiera se molestó en replicar, solo le lanzó una mirada fugaz. Rubén le sostuvo la mirada medio segundo más de lo necesario, como si disfrutara del roce invisible que había entre ambos. Clara Ortega, sentada frente a ellos, carraspeó con suavidad.

—No es mala idea. El azúcar ayuda a tomar decisiones difíciles.

La jefa de I+D parecía sacada de un quirófano más que de una cena. Llevaba el pelo recogido en un moño firme, y sus movimientos eran medidos. Había pedido una infusión en lugar de vino, y tomaba pequeños sorbos mientras observaba la escena con una mezcla de análisis y distancia.

—Prefiero la cafeína para eso —respondió Elena Blanco, dejando su tablet sobre el mantel con un gesto que anunciaba que lo importante iba a empezar.

La directora de Recursos Humanos vestía impecable, con una blusa blanca perfectamente planchada y una americana colgada en el respaldo de la silla. Tenía esa presencia que no necesitaba alzar la voz para imponer respeto. Se cruzó de piernas con elegancia, y sin rodeos, añadió:

—Hay un nombre que quiero poner sobre la mesa. No es una propuesta más. Es una solución.

El comentario congeló momentáneamente los movimientos de Marcos Blanco, que hasta entonces se había mantenido en silencio. El investigador *senior* tenía la mirada fija en la llama de la vela que ardía en el centro de la mesa. La copa de vino delante de él seguía intacta. Su chaqueta estaba colgada en el respaldo, la camisa blanca algo arrugada por la tensión de la jornada. Sus dedos se movían de forma inconsciente, como si necesitaran sujetar algo, aunque solo tenía aire entre las manos.

—¿Quién? —preguntó Ferran, sin quitar los ojos de Elena.

—Paulo Montaner —respondió ella con total naturalidad.

El silencio que siguió fue incómodo, denso. Rubén fue el primero en romperlo, con una risa breve.

—¿Ese no es el tipo que se cargó toda la cúpula de Vitamed en tres semanas?

—Y los hizo líderes del mercado en tres meses —añadió Elena, sin inmutarse.

Clara dejó su taza en el platillo, con gesto pensativo.

—He oído hablar de él. Tiene fama de intenso.

—Le llaman *el depredador del marketing* —dijo Marcos, apenas audible.

Todos lo miraron. Ferran alzó una ceja, curioso.

—¿Tú lo conoces?

Marcos tragó saliva con disimulo.

—He leído sobre él. Está en todas partes últimamente.

Rubén giró ligeramente la cabeza, observándolo. Su mirada era más aguda de lo habitual.

—Pareces más tenso de lo normal. ¿Te suena algo más que su nombre?

Marcos esbozó una sonrisa forzada y negó con la cabeza.

—No. Solo me preocupa que alguien así, con tanto foco, acabe devorándonos a todos.

—O nos saque del agujero —intervino Elena, girando la tablet hacia el centro de la mesa—. Mirad.

En la pantalla se veía la imagen de Paulo. Un retrato profesional: traje negro, camisa abierta, barba perfectamente recortada. La mirada directa, penetrante. Una sonrisa segura, contenida, casi desafiante.

Ferran se inclinó hacia adelante, observando en silencio. Sus dedos seguían rodeando la base de la copa, pero ya no la movía. Clara también se acercó, y Rubén se incorporó ligeramente para ver mejor.

—Vaya. Tiene cara de saber lo que quiere —dijo este último, en tono bajo.

—Y de conseguirlo —añadió Elena—. He revisado sus proyectos. Tiene una tasa de éxito del noventa por ciento. Trabaja con equipos pequeños, pero exige un control absoluto. Si entra, lo hará con condiciones. Y no baratas.

—¿Y qué propone? —preguntó Ferran.

—Contempla una campaña de reconciliación emocional con pacientes y antiguos socios.

Ferran asintió despacio.

—Suena a bisturí afilado —sentenció Rubén.

—Exactamente —dijo Elena—. Y ahora mismo necesitamos una cirugía mayor.

—La gente que es tan buena vendiéndose a sí misma suele ser como un huevo Kinder —intervino Rubén, sin apartar la mirada de la pantalla—. Viene con sorpresa.

Elena suspiró, cerrando el portátil con un leve *clic*.

—Si no fuera bueno, no lo estaríamos considerando.

Rubén no discutió, apartó la vista de la imagen de Paulo y volvió a mirar a Ferran.

—¿Y tú qué opinas?

Ferran se tomó su tiempo antes de responder. La brisa de la noche movía su cabello ligeramente, y el murmullo de la ciudad llegaba desde abajo como un eco lejano. Cuando habló, lo hizo sin vacilar:

—No me gustan los lobos solitarios. Pero me gustan menos las empresas muertas.

Clara asintió con suavidad.

—Yo lo escucharía, al menos.

—Y yo —añadió Elena.

Rubén hizo un gesto ambiguo con la mano.

—No sé. Me sigue dando mala espina. Pero no tenemos una alternativa mejor.

Ferran giró la cabeza hacia Marcos.

—¿Y tú?

Marcos sintió un nudo en el estómago. Aquel nombre seguía resonando en su mente como una amenaza latente. Paulo Montaner.

—Si todo lo que dice su perfil es cierto, sería un error no escucharlo.

Ferran asintió, esta vez con más determinación.

—Entonces llámalo —dijo—. Pon el altavoz.

Elena ya tenía el móvil en la mano, desbloqueado.

—¿Ahora?

—Ahora. Quiero que lo vea claro desde el primer segundo: esto va en serio.

Rubén asintió sin añadir nada. Solo le sostuvo la mirada a Ferran unos segundos, como si hubiera algo más que quisieran decirse, pero no frente a los demás.

Elena bajó la mirada hacia la pantalla del móvil y deslizó el dedo por los contactos.

—Entonces, lo llamo.

Pero justo antes de pulsar el botón, se detuvo. Su dedo quedó en el aire.

Ferran no dijo nada.

La ciudad seguía respirando allá abajo, iluminada y ajena. En la mesa, sin embargo, el aire parecía haberse congelado un segundo.

Paulo Montaner.

Y Marcos sintió cómo le temblaban, sin poder evitarlo, las manos.

Paulo Montaner recibe la llamada que esperaba.

El despacho estaba sumido en un silencio denso, apenas perturbado por el zumbido constante de la calefacción central y el murmullo lejano del tráfico nocturno. Las luces de la ciudad titilaban a través de los ventanales, pero dentro todo permanecía en calma.

La superficie de la mesa de cristal reflejaba la luz azulada del monitor como una lámina de agua inmóvil. Cada objeto estaba en su sitio: el portátil cerrado con precisión, la libreta negra alineada con el borde derecho, un bolígrafo dorado colocado sobre ella con un ángulo exacto. Ni un solo papel fuera de lugar. Ni una mota de polvo. El orden total que le permitía ejercer el control absoluto.

Paulo Montaner no necesitaba el caos para crear. Su mente se expandía mejor cuando todo a su alrededor estaba en su sitio.

Desde lo calculado podía anticipar lo imprevisible. Por eso no se sobresaltó cuando el móvil vibró una sola vez sobre la mesa, con ese murmullo contenido que no interrumpía el flujo de pensamientos, sino que lo subrayaba.

Elena Blanco.

El nombre apareció en pantalla como una confirmación más que como una sorpresa.

Paulo no se apresuró. Apoyado en el respaldo de su silla de cuero negro, dejó a un lado la fotografía que había estado sosteniendo con la otra mano: una imagen antigua, dos niños sonriendo en un jardín que ya no existía. La colocó con delicadeza boca abajo, junto al borde de la mesa, como si aún necesitara protegerla.

Entonces, deslizó el dedo sobre el cristal del móvil y respondió con la calma de quien sabía que aquel momento llegaría.

—Vaya, vaya… —su voz sonó suave, casi perezosa—. No me digas que por fin has decidido dejar los contratos y evaluaciones para unirte a mi imperio del *marketing*.

Al otro lado de la línea, Elena soltó una breve risa.

—No, gracias. Me temo que prefiero seguir lidiando con egos inflados y crisis de empleados antes que con campañas publicitarias.

—Una pena. Habríamos sido un equipo temible.

—Seguro. —La pausa dio paso a un suspiro—. En realidad, te llamo por algo más concreto.

Paulo se acomodó en la silla con un leve movimiento del torso. Cruzó una pierna sobre la otra y sostuvo el teléfono con soltura, apoyando la muñeca en el reposabrazos. En su rostro se dibujaba esa media sonrisa que no llegaba nunca a los ojos.

—Te escucho.

—He visto que te interesaste en la oferta que publicamos en LinkedIn.

—Ajá…

El tono de Elena cambió, se volvió más contenido, más medido. Paulo percibió una variación apenas perceptible en la reverberación de su voz. Como si estuviera hablando en un espacio más amplio. Como si su voz ya no le perteneciera solo a ella.

Había alguien más escuchando. O varios.

—La verdad, me sorprende que te fijaras en nosotros —dijo ella—. Santillana Biotech necesita a alguien como tú ahora mismo.

Paulo giró ligeramente en su silla hacia la ventana que dominaba la vista de la ciudad. Valencia brillaba con luces suaves, dispersas, que se reflejaban en los cristales de los edificios cercanos como si todo el mundo fuera una maqueta en miniatura.

—Me interesa —respondió con calma—. Aunque no esperaba que fueras tú quien me contactara.

—Soy de las pocas personas aquí que todavía tiene un poco de fe en la humanidad —bromeó Elena.

Paulo sonrió, no porque creyera en su comentario, sino porque le confirmaba lo que ya sospechaba: Elena estaba justificando su tono informal porque no estaba sola. Las palabras eran para él, sí. Pero el mensaje era para otros.

—¿Y qué te parece? ¿Nos damos una oportunidad?

Dejó que el silencio se estirara lo justo, como quien tensa una cuerda sin romperla. Si su intuición era correcta, alguien en esa sala estaba conteniendo la respiración.

—¿Tanto os urge? —dijo al fin.

—Digamos que necesitamos a alguien que sepa lo que hace.

—Bien, bien. Me gusta que reconozcas mi talento.

—No exageremos —se burló ella—. Solo digo que tienes experiencia sacando a empresas en crisis.

—Eso es cierto.

Otra pausa. Ahora más afilada.

—Entonces, ¿qué dices?

Paulo se volvió a mirar su reflejo en el cristal de la ventana. La sonrisa permanecía, impecable. Pero su mirada era otra. Más profunda.

—Digo que me parece una buena idea.

—Perfecto —la voz de Elena sonó satisfecha, aunque ligeramente más tensa que al principio—. Ferran quiere entrevistarte, mañana sobre las nueve de la mañana. Te paso luego la dirección por WhatsApp.

—Te tomo la palabra.

—Si consigues convencerlo, tendrás vía libre para hacer tu magia —respondió ella.

—Convencer a la gente es mi especialidad.

—No lo dudo.

Silencio. Solo unos segundos, pero se sintieron más largos.

Finalmente, Elena cerró la conversación.

—Nos vemos mañana, Paulo.

—Nos vemos, Elena.

La llamada se cortó con un leve *clic*, casi elegante. Paulo dejó el teléfono sobre la mesa con suavidad.

No se movió. Sabía lo que acababa de ocurrir. La voz de Elena no estaba sola. Y no era solo ella quien lo evaluaba. Eso era exactamente lo que él había querido.

Se puso en pie con un movimiento fluido, casi sin esfuerzo. Caminó hacia el ventanal con las manos en los bolsillos. Observó

la ciudad unos segundos más, como si pudiera extender la red desde allí arriba y atrapar lo que necesitaba.

El reflejo de su rostro seguía en el cristal, intacto: un hombre frío, pulido, listo para moldear cualquier situación a su favor.

Del otro lado de la llamada, en la terraza del restaurante, Ferran apartó lentamente el móvil del centro de la mesa y, con una leve sonrisa, murmuró:

—Me gusta cómo habla. Espero que en persona esté a la altura.

El comentario cayó como una piedra en el agua.

Rubén se revolvió ligeramente en su silla. Cruzó los brazos, en silencio, y miró hacia Ferran con el ceño apenas fruncido, como si algo le molestara y aún no supiera ponerle nombre.

Marcos no dijo nada. Bajó la mirada hacia su copa y la giró entre los dedos, pero no bebió.

Tenía los labios apretados y el estómago hecho un nudo.

En paralelo, Paulo Montaner no se movió de inmediato. Sus ojos continuaban fijos en su reflejo, en la imagen que proyectaba al mundo: un hombre seguro, calculador, con la capacidad de moldear cualquier situación a su favor.

Elena confiaba en él. Santillana Biotech lo necesitaba, y él iba a aprovecharse de ambas cosas.

Se puso de pie con un movimiento fluido y se acercó a la ventana. Desde su posición, la ciudad parecía extenderse como una red palpitante de oportunidades, luces intermitentes reflejando vidas que desconocían que ya eran parte de su estrategia. Metiendo las manos en los bolsillos del pantalón se topó con un objeto que enseguida sacó. Giró con los dedos el objeto y, de nuevo, miró su reflejo en el cristal.

La ambición le ardía en la sangre, pero su rostro seguía imperturbable.



Se alejó del ventanal adentrándose en la penumbra del despacho. Primer paso dado. Ahora, solo quedaba esperar el momento exacto para dar el siguiente.